



África subsahariana: ¿conflictos étnicos o lucha por los recursos?

Luis María Mora*

« **N**ADA cuadra con los cálculos económicos, sociales y políticos. Y, sin embargo, todo lo que sucede es profundamente africano en sus raíces históricas, en sus rechazos contemporáneos y en sus propuestas borrosas de futuro.» (1)

Desde hace unos años a esta parte, algunas regiones del África subsahariana se han convertido en escenario de conflictos y luchas que desangran sociedades ya de por sí muy duramente golpeadas por la crisis económica. Ante ello, las diferentes aproximaciones que se han hecho a esta realidad africana de pos-Guerra Fría han enfatizado generalmente el factor tribal o étnico como principal causa explicativa de los terribles acontecimientos que se

(1) Iniesta, F. (1994) «África negra: entre la modernidad y la invención cultural», *Política Exterior*, n.º 40, VIII, pp. 6-20.

* Africanista. Ha sido profesor en la Universidad de Yaundé (Camerún) y colaborador de ACNUR en esa ciudad. Actualmente es investigador en el Centro de Información y Documentación Africana (CIDA). Madrid.

han ido sucediendo desde Liberia y Mauritania a Ruanda y Burundi, pasando por Etiopía y Somalia.

Esta dimensión tribalista o étnica de muchos conflictos sociales y políticos, abandonada durante mucho tiempo por los teóricos del desarrollo político, ha conllevado un fuerte resurgimiento de la visión diferenciadora entre sociedades primitivas y sociedades modernas que comporta el término «tribal». De igual manera, la simplicidad de análisis derivada de la pura explicación tribalista o étnica ha contribuido a la recuperación de una idea de la identidad étnica como atributo inherente y propio del individuo. En este sentido, asistimos a un resurgir del innatismo, esto es, de la creencia en que las conductas y las posiciones sociales de los humanos son innatas (2).

Esta tendencia se manifiesta en la reiteración de determinados estereotipos, tales como la existencia de asesinos natos, la inferioridad de los negros o la natural subordinación de la mujer. En lo que atañe a África, se ha vuelto a esa imagen, nunca totalmente superada, de un continente sumido en un salvajismo primitivo.

Sin embargo, un análisis más profundo de los conflictos étnicos en el África subsahariana contemporánea no puede dejar, en ningún caso, de insertarse en un conjunto de transformaciones de dimensión internacional que, aun teniendo distinto alcance en las diferentes zonas del planeta, poseen características similares y responden a motivaciones parecidas. África aparece, al igual que en otras etapas de su historia y de la historia del mundo, como una patética caricatura de realidades que trascienden sus fronteras. Así como la confrontación de las superpotencias en el período 1945-1989 tuvo características propias en el continente negro, también el denominado «nuevo orden internacional» ofrece algunas de sus manifestaciones más extremas en el caso africano.

Se ha argumentado que el nuevo orden mundial ha abierto la caja de Pandora de numerosos «ismos» que actuarían como elementos desintegradores del sistema internacional, y entre los que figuraría el tribalismo o el nacionalismo, frente a otros «ismos» integradores y globalizadores de naturaleza positiva. El norteamericano Lewis Gaddis describe esta lucha entre fuerzas centrífugas y centrípetas y, lo que quizás sea más importante, pone de relieve la ambigüedad de las mismas. Por su parte, el politólogo Zaïki Laïdi ha puesto de manifiesto los peligros que la globalización de la economía puede suponer para el Estado-nación. En este sentido, muy pronto esta

(2) Yoldi López, V. (1996) «El resurgir del innatismo», *Claves de Razón Práctica*, n.º 59, pp. 56-62.

lucha de fuerzas se iba a traducir en la explosión dentro y fuera de África de conflictos caracterizados por una crueldad y complejidad insospechadas y cuya solución no admitía las respuestas clásicas.

Democratización y liberalización económica

LAS transformaciones en la escena internacional fueron aprovechadas por los líderes africanos, que ya se habían percatado del fracaso de un modelo político basado en el Estado hegemónico con base en el partido único y de una mitología desarrollista que predicaba, ante todo y por encima de todo, el desarrollo económico como motor de cualquier transformación social, para adaptar sus discursos al nuevo programa democrático y pluripartidista. En muy poco tiempo, la mitología desarrollista fue sustituida por la democratización como premisa del desarrollo económico. Así, pues, el discurso que se había mantenido durante tres décadas, esto es, el desarrollo económico prioritario, fundamentado en la teoría de las tres pes (pescadores, pastores y payeses o campesinos), según la cual en África no existía lucha de clases y por ello el partido único podía unificar a toda la sociedad, dio paso a un nuevo mensaje que, aunque históricamente erróneo en Europa, pospuso una vez más la cuestión crucial sobre la capacidad de los africanos para el desarrollo. Algunos líderes de la región vieron en esta transformación camaleónica una oportunidad de ganar tiempo y, de esta manera, adaptarse a los nuevos cambios.

En este contexto democratizador, la orfandad ideológica de los regímenes socialistas africanos desembocó en una oleada de elecciones presidenciales y municipales que en Angola, Cabo Verde y Benín, por citar algunos ejemplos, fueron ganadas por la oposición. Sin embargo, no fueron sólo estos regímenes los que se vieron inmersos en un proceso de transformaciones, sino que Estados tradicionalmente pro-occidentales, como Camerún, Gabón o Zaire, reformaron sus constituciones y dieron entrada en la arena política a formaciones rivales. Para culminar este proceso, cayeron dictaduras militares como las de Malí y Chad y el gobierno racista de Pretoria apostó por la libertad y, lo que hasta ese momento parecía imposible se hizo realidad, Suráfrica eligió democráticamente a un presidente negro, Nelson Mandela.

Según una opinión generalizada, acorde con la visión oficial occidental, los Programas de Ajuste Estructural (SAPs) estuvieron en la raíz de esta ola de democratización. Así, el principio económico de las «fuerzas del merca-

do» se habría trasladado a la idea política de un gobierno limitado. De acuerdo con esta tendencia, la euforia de la pos-Guerra Fría se tradujo en una tarea de liberalización de las economías africanas. Al igual que ocurrió en América Latina, se culpabilizó a las políticas proteccionistas de ser responsables de muchos de los males que aquejaban al continente, al tiempo que se imponían directrices aperturistas dictadas desde los organismos financieros internacionales para aliviar la crisis y ganar competitividad a escala internacional. Los créditos fueron sustituidos por los ya mencionados SAPs impuestos desde el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial con el objetivo de reducir la envergadura del Estado-patrón y fomentar la iniciativa privada. Estos programas incluían la liberalización del comercio exterior, un rígido control del flujo monetario, la reducción del empleo político y la privatización de las empresas de propiedad estatal. Así, se revisaron y establecieron nuevas legislaciones acordes con la ola de liberalización económica y se simplificaron los hasta entonces engorrosos trámites para la entrada de inversión extranjera.

A primera vista, el escenario podía parecer idílico, seguramente no tanto como en América Latina, donde se auguraba un resurgir económico tras una década perdida para el desarrollo, pero también África se contagió de este optimismo generalizado. Los gobiernos africanos se prepararon para asumir los retos de la nueva era confiados en el éxito de esta combinación de liberalismo político y económico. Y, sin embargo, no se produjeron los resultados previstos, sino más bien un agravamiento de la crisis económica y del autoritarismo político con las tensiones sociales derivadas de ello.

No se dio el ansiado aumento de intercambios comerciales con el exterior. El crecimiento económico de la zona se situó en una media del 2,2% en los 80 frente al 3,4% desde 1961 a esa fecha, decreciendo y estancándose durante los primeros años de los 90. Los tres pilares fundamentales de la relación económica del África subsahariana con el exterior, esto es, el comercio, la ayuda externa y las inversiones, decrecieron durante los primeros años de los 90. En cuanto al comercio, los 80 y los 90 vieron una disminución importante de los intercambios exteriores del continente, acompañada del consiguiente empeoramiento de los términos reales de intercambio. En este sentido, la devaluación del franco C.F.A. (Comunidad Financiera Africana) en 1994 no pareció producir, al menos a corto plazo, los efectos que se habían anunciado. Los artífices de la devaluación argumentaron que ésta era necesaria para reactivar las decadentes economías africanas y restablecer su competitividad internacional, pero un año después, en 1995, el principal resultado positivo había sido el aumento de las relaciones comerciales regionales.

En cuanto a la ayuda exterior, también se ha venido produciendo un empeoramiento paralelo al de las balanzas comerciales. La Ayuda Oficial al Desarrollo ha seguido decreciendo, incluso entre donantes tradicionales como los países escandinavos, Canadá y Holanda. En 1992, Suecia la redujo en un 10%. El caso francés, por su importancia en el continente, es particularmente ilustrativo. Como consecuencia de ello, algunos economistas han pasado a calificar la ayuda exterior como una industria moribunda. Por otra parte, en 1994 el Banco Mundial publicaba un informe titulado «Ajuste en África», donde se defendía la tesis de que la ayuda sólo resultaba beneficiosa en aquellos países que habían puesto en práctica las políticas económicas requeridas, mientras las posturas más radicales defendían que la única ayuda efectiva era la destinada a catástrofes naturales y otras emergencias.

En 1995, el continente recibió menos del 1% del total mundial de la inversión directa extranjera. Además, la mitad de la misma fue a Nigeria y el resto se repartió entre los principales países productores de petróleo. Por otra parte, en 1989 de los 15 países más endeudados del mundo figuraban dos al sur del Sahara: Nigeria y Costa de Marfil. A estos seguía una larga lista formada, entre otros, por Sudán, Zaire, Angola y Zambia. En algunos, como Uganda, Madagascar o Burundi, el servicio de la deuda se aproximaba al 50% del PIB.

Conflictos étnicos y crisis del Estado-nación

EN el terreno político, pronto se comprobó que el Estado-nación, que debía dirigir todas estas transformaciones y de forma simultánea reducirse y dejar paso a otros actores, se encontraba amenazado en su poder de control y capacidad coercitiva. A pesar de las pretendidas operaciones de democratización, se produjo un debilitamiento de aquellos Estados que tradicionalmente se habían caracterizado por su estabilidad, como Camerún, Senegal o Gabón, mientras otros, aquellos que habían sido escenario de las rivalidades Este-Oeste en el período anterior, entraban en un proceso imparable de descomposición (Liberia, Zaire, Etiopía). Por otra parte, algunos líderes africanos como Eyadema en Togo, Paul Biya en Camerún, Omar Bongo en Gabón o Mobutu en Zaire, acusaban abiertamente a la ola de democratización de ser la responsable directa de la explosión de los conflictos étnicos.

Efectivamente, estos cambios se acompañaron de un aumento e importancia de las denominadas luchas étnicas, a las que también se añadieron otros fenómenos como el fortalecimiento de las instituciones religiosas y de la sociedad civil. En realidad, los procesos de transición constituían el marco idóneo para que los partidos políticos construyeran su clientela apelando a lazos étnicos. Así, desde 1990 se sucedió una larga serie de enfrentamientos que, como los de Somalia, Liberia, Ruanda o Burundi, ofrecieron un alcance y crueldad desconocidos hasta entonces y que se caracterizaron también por su complejidad y la dificultad a la hora de encontrar soluciones viables.

La virulencia del resurgimiento del fenómeno étnico reavivó, a su vez, el replanteamiento teórico sobre el mismo. Si bien es cierto que la antropología social anglosajona había dejado de hablar de tribus o de conflictos tribales dos décadas antes para utilizar el término grupos étnicos o luchas étnicas, ahora se hizo mucho hincapié en este cambio de terminología. De esta manera, se pretendía mitigar ciertos resabios eurocéntricos. El concepto «tribus» promovía una distinción entre sociedades primitivas y modernas, mientras que el término «grupos étnicos» hacía desaparecer esta distinción al considerar que todo ser humano pertenece a una etnia determinada. Asimismo, se quería enfatizar lo que el término sugería de contacto e interrelación. Por otra parte, también se puso de relieve la correspondencia entre etnicidad y clase, mostrando la fuerte probabilidad de que personas pertenecientes a determinados grupos étnicos formaran parte de determinadas clases sociales.

La enorme complejidad del nuevo fenómeno étnico llevó a sostener que la diferenciación entre etnias no necesariamente precisaba de la existencia de una cultura distintiva. El antropólogo noruego Thomas Hylland Eriksen defendía que las diferencias culturales habían dejado de ser un rasgo distintivo de etnicidad (3). Los criterios tradicionales de identificación y distinción, como lengua, religión, territorio, historia, organización social y política, mitos compartidos, eran superados por un elemento crucial: el sentimiento de pertenencia a una comunidad, esto es, la voluntad de formar parte de un grupo. Este hecho inclinó el debate de parte de aquellos que sostenían que la identidad podía ser creada, manipulada e incluso cambiada en concordancia con los diferentes contextos políticos frente a los defensores de la identidad étnica como sinónimo de sentimientos primordiales.

Esta evolución en el concepto de etnicidad y de grupo étnico ha permitido dar explicación a muchos de los fenómenos actuales. Asimismo,

(3) Hylland, T. E. (1995) *Ethnicity and Nationalism. Anthropological Perspectives*, Pluto Press, Londres.

ha puesto de relieve los riesgos existentes a la hora de calificar a un conflicto de «étnico». Hacerlo implica que las gentes involucradas están en guerra puramente por factores diferenciales como el origen racial, el color de la piel o la lengua. Un ejemplo de esta dificultad es el caso Hutu y Tutsi en Ruanda y Burundi. Estos dos grupos comparten la misma lengua y rasgos culturales similares, diferenciándose únicamente en su organización socio-económica. La guerra civil en Somalia es más un conflicto de clanes que de etnias. Todos los somalíes comparten lengua, religión y cultura, siendo uno de los pocos países africanos que posee un único grupo étnico en su territorio. Lejos de África, en la antigua Yugoslavia, los enfrentamientos más cruentos se han dado entre serbo-bosnios y bosnios musulmanes, grupos que tienen un origen étnico común, pero que cientos de años atrás adoptaron religiones diferentes. Este caso es similar al de Irlanda del Norte, donde el hecho diferencial es fundamentalmente religioso. Por esta razón, se ha rescatado el término de «conflictos comunales» para definir situaciones que tienen poco que ver con lo étnico (4).

Asimismo, se ha desencadenado un rico debate, aunque en ocasiones excesivamente simplista, sobre las causas más recientes de las luchas étnicas en África. Teniendo presente que fueron frecuentes las políticas coloniales tendientes a fomentar los enfrentamientos religiosos, étnicos y económicos, no es cierto, sin embargo, que el etnismo o el tribalismo hayan sido una creación colonizadora. Encontramos una política colonial de razas en Madagascar, Nigeria y en muchos otros países africanos. Después de las independencias, las potencias occidentales han atizado los conflictos, ya que no los inventaron ellas. Bélgica da un apoyo sostenido a los tutsis, que reciben armas y ayudas desde Uganda. Francia tampoco ha escatimado ayudas a determinados grupos en sus ex-colonias. Cabe recordar también el papel de Estados Unidos en Liberia y Angola, entre otros. Por otra parte, los propios africanos han adoptado diferentes interpretaciones del fenómeno. Los autores desarrollistas de la década de las independencias atacaron la diversidad cultural como un obstáculo para el progreso y contra el papel unificador del Estado-nación. Durante casi tres décadas se ha mantenido esta visión negativa de la diferenciación étnica sólo modificada ante la necesidad de adoptar los valores de respeto y tolerancia inherentes a los principios democráticos que se quieren establecer.

(4) Roberts, A. (1994) «Ethnic conflict: threat and challenge to the United Nations», en *Ethnic Conflict and International Security*, Ed. Anthony McDermott, UN Programme, pp. 5-36.

El escenario más corriente de los conflictos étnicos ha sido el de la construcción del Estado independiente. En este sentido, resulta interesante la clasificación que Leonardo A. Villalón (5) realiza en tres grandes paradigmas no necesariamente excluyentes:

- En un primer paradigma se encontrarían aquellos Estados utilizados como instrumentos de dominación étnica y que han recibido la oposición de los grupos a los que se quería dominar. Encontramos ejemplos de ello en Sudán, Ruanda, Burundi, Mauritania o Djibouti. Y, como señala este autor, aun en aquellos casos en los que no se ha dado una monopolización del Estado por un único grupo étnico, aquellos que se han sentido marginados pueden concluir enfrentándose al poder estatal. Un ejemplo es la revuelta tuareg en Malí y Níger, así como el caso Ogoni en el delta del río Níger en Nigeria. Por otra parte, tampoco debe olvidarse el hecho de que las elites africanas tradicionalmente han utilizado el Estado para hacerse con recursos escasos.
- Un segundo paradigma estaría constituido por los conflictos derivados del colapso del Estado. El vacío político ha degenerado en muchas ocasiones en una lucha encarnizada de los diferentes grupos étnicos por obtener el control estatal. Liberia, Etiopía o Somalia han protagonizado casos estremecedores de politización étnica o clánica. En este sentido, también habrá que esperar la evolución de Estados como Zaire. Estos regímenes se han dislocado una vez finalizada la Guerra Fría y tras ser abandonados por sus antiguos protectores.
- Por último, nos encontramos con aquellos Estados que han ofrecido a los diferentes grupos étnicos un terreno institucional dentro del cual pueden competir. Así, a pesar de la instauración de regímenes de partido único, se dio un grupo de Estados africanos que lo combinaron con los elementos étnicos. Éste ha sido el caso de Senegal o Nigeria, donde se ha dado un reparto de poder entre las etnias mayoritarias.

Relación entre los programas de ajuste estructural y las tensiones étnicas

LA cuestión de la relación entre ajuste estructural y conflictos étnicos es probablemente más compleja que la que

(5) Villalón, L. A. (1991) «África 1991: conflictos sociales de origen étnico», *Annuario Internacional CIDOB 1991*, pp. 513-26.

acabamos de analizar con relación a los procesos de transición a la democracia. De lo que existen pocas dudas es de la relación directa de los SAPs en el aumento de la deuda externa africana y en el peso que en ésta tiene el presupuesto de defensa. Como demuestra el profesor Adekanye, se da una profunda vinculación entre deuda externa, problemas derivados de los SAPs y gastos militares (6). Otros efectos no menos desdeñables han sido la salida de flujos financieros del continente, el estancamiento del crecimiento económico, el empeoramiento de los niveles de sanidad, nutrición y educación, el aumento de la pobreza de la mayoría, el quebranto de las instituciones sociales y la aparición de tensiones sociales.

La vinculación directa entre los programas de ajuste estructural y los enfrentamientos étnicos exige un replanteamiento de la interrelación entre distribución de poder, riqueza y etnicidad, especialmente en condiciones de escasez de recursos. En todo caso, las opiniones al respecto son diferentes. En 1984, Walker Connor (7) se mostraba contrario a enfatizar las fuerzas económicas a la hora de explicar las luchas étnicas y nacionalistas. Sin embargo, los acontecimientos posteriores a 1989 han contribuido a matizar esta afirmación. Siguiendo nuevamente a Adekanye (8), este autor considera que existe un estrecho vínculo entre etnicidad y clase social y que ambas están más íntimamente relacionadas con las condiciones económicas y políticas de lo que Connor quiere admitir. Esta coincidencia de etnicidad y clase aparecería con gran claridad en Ruanda y Burundi, pero no explica por sí sola las dimensiones del conflicto actual. La competición electoral, unida a los efectos de la deuda externa, los gastos de defensa y las repercusiones de los programas de ajuste estructural así como el crecimiento demográfico, todos estos factores serían causas desencadenantes de la guerra en ambos países.

Los conflictos en estos diminutos Estados de la región de los Grandes Lagos no son una excepción a lo que ha ocurrido y ocurre en otros lugares del continente. El caso de Liberia y Etiopía son igualmente ilustrativos. Incapaces de contar con la ayuda de sus antiguos aliados y desesperados por la crisis económica, se dieron a guerras interminables de consecuencias nefastas y, quizás lo que sea aún más trágico, carentes de objetivos concretos. En Kenia, las viejas rivalidades étnicas por el control de la tierra se han reavivado. En este sentido, la presión conjunta de los desastres ecológicos,

(6) Adekanye, J. B. (1995) «Structural Adjustment, Democratization and Rising Ethnic Tensions in Africa», *Development and Change*, vol. 26, n.º 2, pp. 355-75.

(7) Connor, W. (1984) «Eco- or Ethno-Nationalism», *Ethnic and Racial Studies*, n.º 7, pp. 342-59.

(8) Adekanye, B. J. (1995).

el crecimiento demográfico y la crisis económica han jugado un papel determinante en la intensificación de rebeliones, conflictos y tensiones de todo tipo. Así, por ejemplo, la dedicación de las mejores tierras a cultivos de plantación para la exportación ha agravado problemas tan terribles como los del hambre y el quebrantamiento de la autosuficiencia alimentaria, mientras que en aquellas zonas donde se produjo una sustitución del sistema de plantación por una economía de autosubsistencia los resultados parecen haber sido más positivos.

A pesar de todo lo expuesto y reconociendo la estrecha relación existente entre crisis económica y tensiones étnicas, esto no implica que los SAPs sean la única causa de estos conflictos. Como ya dijimos anteriormente, aquí intervienen factores como la distribución que se da del poder y de la riqueza y la etnicidad. Lo que no puede negarse es que en situaciones de reducción de recursos sociales y económicos se tiende a una intensificación de los enfrentamientos entre diferentes grupos. En este sentido, está suficientemente demostrado que los SAPs tienden a empobrecer a los más pobres y a enriquecer a los más ricos. Por otra parte, la repercusión socio-económica de la crisis difiere no sólo en lo que a clases sociales se refiere, sino que varía de una región política a otra, de un grupo étnico a otro y de una comunidad a otra.

Existen pruebas del desigual impacto de los SAPs en los diferentes sectores de una determinada economía estatal. La distribución desigual en la división del trabajo de determinados grupos hace que algunos de ellos predominen en el ejército, la administración, la agricultura, la industria o el comercio. Es precisamente en estos casos cuando la disparidad resultante de los ajustes económicos y la deuda externa pueden adquirir una significación étnica o regional que reavive los enfrentamientos de este tipo. Este hecho se puede constatar en las repetidas reducciones de salarios a las que se han visto sujetos determinados grupos profesionales como funcionarios y profesores, frente al estancamiento e incluso aumento experimentado por militares y cuerpos de seguridad del Estado. Cuando estas categorías profesionales coinciden, previsible es el aumento de la crispación social y étnica.

Otro aspecto a tener en cuenta, y al que el profesor Adekanye da mayor importancia que al anterior, es el de la localización de determinados grupos en las estructuras de poder, con lo que esto conlleva de privilegios y ventajas de carácter económico. Un ejemplo de esta situación es la explotación de las ricas tierras en petróleo del país Ogoni en el sureste de Nigeria por la elite norteña Hausa-Fulani, que ha dominado la historia del país desde la independencia. Si volvemos a la región de los Grandes Lagos, el control tutsi del

ejército y de la administración en Burundi es igualmente paradigmático de este fenómeno. Aunque el caso más ilustrativo sea el de Suráfrica, donde una minoría blanca ha ostentado hasta hace muy poco todos los resortes del poder político y económico.

Conclusión

ESTE análisis de la realidad contemporánea del África subsahariana ha pretendido exponer algunos de los principales problemas con que se enfrenta el continente negro. Se han sugerido las causas fundamentales del recrudecimiento de los enfrentamientos étnicos que asolan a buen número de países africanos. Así, hemos enfatizado el papel de los Programas de Ajuste Estructural y las contradicciones internas generadas por su aplicación como elemento básico en la explosión de tensiones sociales, políticas y económicas. No obstante, esta interpretación debe matizarse con otros factores como la crisis del Estado-nación, el crecimiento demográfico o el deterioro medioambiental. Por otra parte, resulta imprescindible tener en cuenta la complejidad de los conflictos étnicos en la zona y, sobre todo, sus características diferenciales. No hay que olvidar que junto a los dramáticos ejemplos de Liberia, Ruanda o Burundi, existen casos en los que el conflicto se ha solucionado a través del compromiso, como en Suráfrica, Mozambique y Uganda. En todo caso, siempre debe tenerse presente la enorme complejidad que se esconde bajo el denominativo conflictos étnicos y que éstos en muchas ocasiones tienen más que ver con un continente crispado en lucha por recursos cada vez más escasos que con enfrentamientos puramente étnicos.